

CAPÍTULO X.

HISTORIA.

170. El estudio de la historia.—La historia viene á ser como la biografía de una sociedad política ó de una república.

La naturaleza de su estudio puede explicarse con un ejemplo. Todos leemos la historia de las cruzadas con intenso interés. Aquella acumulación de huestes cristianas, sus expediciones á la Tierra Santa, su valor, sus sacrificios, el flujo y reflujo de las victorias, la caballería de los héroes ilustres de ambos bandos, todo contribuye á formar un cuadro fascinador que estudiamos con placer y retenemos en la memoria sin dificultad. Pero, simple y atractiva como es en el exterior, en el interior es profunda y difícil. En los tiempos llamados "la edad de las tinieblas," existían tres grandes principios en la vida de la sociedad europea: la reverencia hacia la autoridad de la Iglesia era el espíritu de las ideas religiosas; el feudalismo en lo político; y lo caballeresco en lo social. El primero de aquellos principios, obrando con la supremacía que la naturaleza concede al hombre instintivamente, subyugó á los otros dos á su voluntad, y encontró en ellos el instrumento para sus designios. En las cruzadas vemos un movimiento que abraza los tres elementos; la religión determinando el objeto, el feudalismo supliendo los medios, y la caballe-

ría pronta á empeñarse con ellos. Para hallar sus consecuencias tenemos que profundizar bajo la superficie, no menos que para hallar sus causas. El período de las cruzadas echó los fundamentos del sistema europeo moderno. Sin contar el impulso dado al saber y á la empresa con el íntimo contacto de los mundos oriental y occidental, á ellas debemos atribuir una parte en el advenimiento del período, todavía distante entonces, en que la independencia que las naciones se procuraron, había de ser vindicada también por los individuos. Obtenida la una, la otra tenía que ser sólo cuestión de tiempo, y así, en el transcurso de dos centurias, que no es un gran intervalo en la historia del mundo, venimos á conectar la historia de las Cruzadas con la Reforma. Si tomamos cualquiera de los otros grandes acontecimientos de la historia, tales como la destrucción del imperio romano, la elevación del pueblo, y la misma Reforma, y los sometemos á un análisis, veremos que fueron problemas igualmente difíciles, é igualmente fértiles en resultados.

Las cualidades que se requieren para los estudios históricos con este grado de elevación, son manifiestamente raras. Como las principales, hemos de reconocer la diligencia y la paciencia para examinar todo aquello que constituye autoridad en cada particular época, de manera que los materiales para aprender sean suficientemente extensos; serenidad y penetración de juicio, para, al mismo tiempo que ser capaz de abrazar de una vez un extenso círculo de acontecimientos, no perder de vista puntos aparentemente triviales, que suelen ejercer á veces la mayor influencia, desechando preocupaciones nacionales ó personales, y guardándose contra los sofismas de razonamiento ó de estilo; viveza de imaginación para evocar los actores de pasados tiempos como

realidades vivientes, verlos actuando, oírlos hablando, y casi trazar sus pensamientos; y, por último, un profundo conocimiento de la naturaleza humana, resultado del examen, la reflexión, la observación y la experiencia, sin el que, no pudiendo juzgar del presente, no puede poseerse el criterio necesario para hacerlo del pasado. El verdadero fin del estudio de la historia es, no sólo adquirir conocimientos, sino formar juicios, de manera que podamos aplicar al presente las lecciones del pasado, ó dicho en otros términos, que juzguemos del pasado como del presente; y este fin no puede conseguirse careciendo de las elevadas cualidades mentales y morales de que hemos hecho mención.

Una considerable confusión de ideas prevalece con respecto á la enseñanza de la historia en las escuelas. El estudiante adulto no se satisface con meros hechos; aspira á elevarse á aquellas generalizaciones que son reconocidas como el más alto producto del juicio histórico. Ellas deslumbran su imaginación con su grandeza, su expresión, y el orden que parecen introducir en la multitud de hechos que constituyen la historia. Pero en la proporción que son atractivas y halagüeñas, son peligrosas. No todos pueden aventurarse en la empresa de sacar filosofía de la historia. En nada se ve el juicio tan expuesto á extraviarse, como en atribuir móviles á los hombres; y si esto sucede en la apreciación de los contemporáneos, cuánto más no sucederá en la de aquellos que pertenecieron á pasados tiempos, de los que no podemos tener la misma experiencia! Aun los estudiantes que han alcanzado la completa madurez de su inteligencia, deben proceder con la mayor circunspección en sus conclusiones. El maestro por su parte, debe guardarse contra la falaz idea de que por ser este el más elevado aspecto del estudio de la historia, es el que

ofrece más ancho campo para extenderse en sus digresiones. Tratándose de las ciencias exactas, pueden aducirse los más profundos juicios para la prueba de si los hechos son acertados ó erróneos; pero tratándose de la historia, no es necesaria semejante prueba como contingente del razonamiento. Su estudio, sin embargo, lejos de ser más fácil por este motivo, es más difícil, y debe llevarse á cabo con la mayor precaución. De estas consideraciones se deduce claramente que la introducción de la llamada "filosofía de la historia" en los estudios de las escuelas, es falsa y perjudicial. Careciendo por completo los alumnos, de las cualidades mentales necesarias para el objeto que se pretende, el esfuerzo hecho para comunicarlas, servirá sólo para llevar á sus mentes los juicios de otros, que por la magnitud de las ideas que abarcan serán incomprensibles para aquellos. La instrucción entonces, si así pudiéramos llamarla, lejos de tener el elevado carácter intelectual que se pretende darle, resultaría puramente mecánica, y de la peor especie. No sólo fracasaría en su objeto, sino que inhabilitaría al alumno para emprender más adelante el estudio superior de esta materia, privándole de la adquisición de aquellos conocimientos que es capaz de adquirir en el tiempo oportuno. Podemos mencionar como otra razón para moderar las pretensiones en la enseñanza de la historia en las escuelas, el hecho de que el tiempo de que se puede disponer es, relativamente, limitado, y puede emplearse por completo en imprimir el bosquejo de los hechos en que descansan todos los juicios históricos. Deducimos en conclusión, que la disciplina mental peculiar del estudio de la historia, es inasequible en las escuelas, y que por lo tanto, ni los libros de texto deben discutir la materia, ni los maestros investigarla, en los términos en que pudieran hacerlo en el caso contrario.

De todos modos, el maestro debe comprender el verdadero aspecto de su misión, y si lo ha estudiado convenientemente, hallará la ventaja de ser capaz de agrupar los hechos históricos de acuerdo con su verdadera conexión en la enseñanza, lo cual debe ser el límite de sus aspiraciones al tratar de la filosofía de la historia.

171. Aspectos bajo los cuales debe enseñarse la historia en las escuelas.—El maestro hará bastante con conducir á sus alumnos á través de los acontecimientos que suministran materiales para esta enseñanza. Se ha objetado, sin embargo, algunas veces, acerca de la clase de hechos á que debe hacerse más referencia. La historia en las escuelas ha sido hasta ahora poco menos que un registro de las guerras, y de la genealogía, ó personales peculiaridades de los soberanos. Al acordar prominencia á las guerras, los maestros no hacen más que seguir el ejemplo de los historiadores que han limitado sus narraciones casi exclusivamente á esto; mientras que la historia personal de los soberanos ha sido estudiada bajo la idea de que aquellos eran los representantes del estado que han gobernado, y también porque, siendo más bien biografías que historias, admiten el ser más interesantes y más fácilmente inteligibles para el alumno. La principal reforma en la enseñanza de la historia en las escuelas, debe consistir en asignar á las guerras su verdadero lugar y carácter; y en vez de medir la prosperidad y grandeza de una nación por sus acabados aprestos guerreros, considerar la guerra en general como una divergencia en el verdadero curso de la historia de aquella, tanto en el sentido moral como en el social. Sólo una clase de guerra debe admitirse con resolución, y esta es la que se hace por la libertad y por la independencia, cuando son atacadas en el interior ó en el exterior. Cada nación tiene alguna que contar en

sus anales, y feliz la que tiene una sólo. Inglaterra tiene su guerra de la república, América la de su independencia, España la que sostuvo contra la invasión francesa, y Francia la de los siglos catorce y quince contra Inglaterra. La juventud debe ser profundamente instruída en el estudio de las de dicha clase, puesto que uno de los fines de la historia es hacer que aquella ame todo lo que es noble y elevado en un país. Pero las de agresión, ó las sostenidas con motivos injustificados, en manera alguna deben ser disculpadas, ni mucho menos ensalzadas, por muy favorable que pueda parecer la ostentación del poder militar de cualquier nación. Las artes de la paz, que casi han sido menospreciadas, deben elevarse á la prominente posición otorgada hasta ahora á las de la guerra. El progreso de los pueblos en sus libertades políticas y personales; el desenvolvimiento de su condición social, manifestado en el crecimiento de su habilidad en las manufacturas, en la agricultura, en el comercio y en el bienestar dependiente de sus habitaciones, alimentos y ropas, mutuas relaciones y entretenimientos; y su progreso en el cultivo intelectual y moral, debido á la difusión de la literatura, fundación de escuelas, etc.; estas son materias, no sólo más instructivas y civilizadoras que la historia militar, sino que su narración puede hacerse igualmente interesante para los alumnos.

Una bien escogida cronología no puede dejar de ser siempre esencial.

Cuando la corriente de la historia haya alcanzado los tiempos presentes, la instrucción se dirigirá á describir la posición que nuestro país haya alcanzado por virtud del curso de los acontecimientos. Esto no debe ser desatendido, porque es como la coronación del todo. El maestro debe presentar á sus discípulos una vista com-

binada de aquél, en que se pongan de manifiesto su extensión, su riqueza, y su poder político; y si el libro de texto no provee á ello, debe, por medio de la instrucción oral, comunicar el conocimiento que todo ciudadano de un país libre debe poseer, de las instituciones que lo rigen, y de sus derechos y deberes.

172. Clasificación de los hechos históricos.—Intentar enseñar los hechos de la historia sin elección ni clasificación, es un trabajo tan desconsolador como inútil. La memoria no será capaz de retenerlo, y aunque lo fuese, necesitaría tener una acertada impresión del orden de los acontecimientos. Una narración histórica no debe contener cosa alguna que no sea cierta; y faltando la debida relación en la presentación de los hechos, ó siendo tratados todos como si revistieran la misma importancia, aquella puede ser falseada ó incierta. El objeto de la clasificación á que debemos aspirar es, por consiguiente, tratarlos con arreglo á su importancia, y descartar todos aquellos que ejerzan poca influencia en la vida de la nación. La clasificación por centurias, ó por los reinados de sucesivos monarcas, no consigue su objeto, por ser arbitraria, y fundada en circunstancias accidentales. El curso que con preferencia debe seguirse es, dividir la historia de un país en épocas, señalada cada una por un acontecimiento notable. Así, por ejemplo, sin que pretendamos con ello una perfecta exactitud, la historia de Inglaterra puede ser presentada bajo un bosquejo como el siguiente: Ocupación romana, invasión sajona, conversión de los sajones al cristianismo, irrupciones danesas, unión de la Heptarquía, conquista normanda, dominación inglesa en el continente, guerras escocesas, guerras francesas, guerras de las rosas, la Reforma, la revolución, la unión de las coronas, establecimiento del imperio colonial, guerras de la revolución francesa, larga paz.

Semejante bosquejo contiene todos los hechos que son de primera magnitud en importancia, y son como otros tantos centros, alrededor de los cuales pueden agruparse aquellos que son de un grado subordinado, como, al tratar de las guerras con Escocia ó con Francia, considerar las circunstancias que dieron lugar á ellas, los partidos que las llevaron á cabo, los incidentes que ejercieron más influencia en determinar su resultado, y el resultado mismo. En aquellos importantes puntos de la historia se debe insistir con energía y con alguna extensión, mientras que la masa de incidentes secundarios debe ser condensada, si es que se hace mención de ellos. Ese bosquejo puede servir principalmente con referencia á la historia política de la nación, pero puede ser también de utilidad en la social. La prolongada actividad requerida para verificar cambios políticos de semejante magnitud, indudablemente ha de conducir á grandes cambios también en todas las fases de la vida social.

Este modo de presentar los hechos, de acuerdo con sus importantes aspectos naturales, es el único eficiente para estudiar la historia con aprovechamiento, en su conexión natural, y poniendo de manifiesto cómo influyen y son influidos unos por otros; de manera que la imaginación trabaje de acuerdo con aquellos principios de asociación que son parte de su constitución. No es siempre necesario, sin embargo, apurar la materia, ni tratar todas sus partes á la misma altura.

El maestro de la escuela elemental observará, sin duda, que sus discípulos manifiestan mucho menos interés por la historia antigua de su país, que por la moderna, y en su consecuencia tratará ligeramente aquellos períodos que no tengan una vital conexión con el estado actual, fijándose más en los que hayan determinado las modernas instituciones. Si el libro de texto no atendie-

re á este principio, el maestro debe hacerlo por sí mismo, al tratar de los diferentes períodos.

173. La biografía en la historia.—En la historia está incluída la biografía. Cada época de la historia de una nación va asociada á la vida de alguno de sus grandes hombres que le han dado carácter, de tal manera que la biografía de aquellos es con frecuencia, en un grado no despreciable, la historia de la nación. De estas dos materias unidas, la biografía está más al alcance de la capacidad de los niños, que la historia, y así, esta viene á ser más instructiva é interesante para ellos cuanto más entrelazada está con la biografía. Pueden simpatizar con los actos y disposiciones de un individuo, más que tratándose de una sociedad ó de una nación. La biografía de los hombres eminentes debe, por lo tanto, enlazarse con la historia que se enseña en las escuelas. Esto, sin embargo, no puede ni debe hacerse con gran extensión, refiriéndonos á tiempos remotos, pues ni existen suficientes datos para ello, ni debemos suponer que la historia de aquellos tiempos entrase en estos detalles; pero, á medida que el tiempo ha avanzado, se encuentran abundantes materiales biográficos en todos los departamentos, y en los últimos períodos, los caracteres adecuados para este propósito son tan numerosos que no creemos necesario especificarlos.

Y no nos referimos solamente á las vidas de los hombres llamados grandes en el sentido más admitido de la palabra, pues las de muchos que se han dedicado al cultivo de las artes útiles, son, si menos ruidosas, no menos interesantes é instructivas que las de aquellos que han figurado en primera línea en el manejo de los negocios públicos. Las lecciones más útiles suelen ser aquellas que enseñan la manifestación de virtudes tranquilas, en circunstancias que no difieran mucho de

las que concurren en la vida ordinaria de los individuos.

Juntamente con las biografías de los hombres eminentes, ó más bien como base de estas, debe mostrarse lo que podemos llamar biografía representativa de las diferentes clases que han existido en la nación: la nobleza, el clero, el ciudadano de la clase media, el soldado, el marinero y el campesino, de otros tiempos, pueden figurar también, animándolos, y estableciendo la comparación entre ellos y las clases correspondientes en los días actuales.

El estudio de este departamento de la instrucción obtendrá grande ayuda por parte de los alumnos si la secundan con sus lecturas privadas, y, por parte del maestro, con la práctica de leerles en determinadas ocasiones, como les hemos recomendado.

174. Carácter del estudio de la historia como ejercicio mental.—Aunque hemos dicho que deben ser excluidos de este estudio los altos aspectos filosóficos, no quiere esto decir que deje de poseer un carácter intelectual. Por el contrario, es de tal naturaleza, que requiere todo el *raciocinio* que el alumno posea. Los hechos principales están considerados, hasta donde aquel puede considerarlos, en conexión con sus causas, medios, y consecuencias. Refiriéndonos, por ejemplo, otra vez al período de las guerras escocesas y francesas, al apuntar las causas que las ocasionaron, habremos de someter á la consideración del alumno, la real coincidiendo con la ostensible; le haremos ver cuáles eran los partidos empeñados en ellas, y le conduciremos á apreciar su prudencia, su resistencia, y la bravura de sus actos; le pondremos de manifiesto los resultados de la lucha, y cómo estos sobrevinieron directamente de ella. La memoria se encarga indudablemente de retener los hechos princi-

pales, pero no hasta que el raciocinio ha practicado su trabajo, de lo que resulta un ejercicio racional y no mecánico. El estudio de las narraciones históricas, como el de la geografía, requiere el constante ejercicio de la *comparación* entre las cosas que no están en yuxtaposición, además del hábito de juzgar de la referencia de las cosas, como la causa y el efecto, ó los medios y el fin. Para que sea provechosa la lectura de la historia de otros países, necesitamos comparar á cada paso las condiciones de aquellos con las del nuestro; y en el estudio de la nuestra propia, hemos de estar comparando constantemente las circunstancias del país en las diferentes épocas, y en particular con la actual. Lo que el alumno conoce de ésta, constituye su único criterio para juzgar de la pasada, y es, por lo tanto, su único medio de comprenderla. Con referencia á esto, dice el Doctor Arnold: “¿ La completa y clara impresión de los acontecimientos, carácter, instituciones, y modo de pensar de cualquier período de la antigüedad, constituye los verdaderos conocimientos históricos que debemos exigir? No: ese es el trabajo del anticuario, indispensable elemento de la historia, si se quiere, pero no la historia en sí misma . . . El esencial acompañamiento de nuestros conocimientos acerca del pasado, es un vivo y extenso conocimiento del presente.” Cuando leamos acerca de una institución, de un acto legislativo, ó de un hábito social, característicos de una edad, deberemos señalar el progreso que demuestran, con referencia á una precedente, y luego compararla con su correspondiente en la actual, para ver hasta dónde hemos progresado. Á cada paso en el camino de la libertad política debemos observar, de qué privilegios, de los que poseemos ahora, carecían en cada época; los obstáculos que aun quedaban por remover cada vez que se descubría un nuevo

medio de difundir las ciencias; y cuánto les quedaba que hacer, á cada adelanto en las artes de la industria y de la vida, antes de alcanzar el bienestar que hoy disfrutamos. Sólomente por este camino es posible, en la historia, el estudio del progreso de una nación. Sin este activo y constante espíritu de comparación, lo pasado se hallará separado de nosotros por un golfo imposible de cruzar, y carecerá de toda realidad é interés. Sus actores serán espectros más bien que hombres, si no los miramos á la luz del presente. El estudio debe ser un trabajo de *imaginación*, y en un doble sentido. El alumno tiene que recibir, en primer lugar, una viva impresión del curso de los acontecimientos, á través de una brillante y bien matizada descripción que le ayude en su esfuerzo para comprender lo que era la vida del pasado. Tiene que evocar los actores ante su presencia, verlos en sus ocupaciones, penetrar sus pensamientos, y darles como forma visible en las escenas en que se mueven; trasladarse, en una palabra, á la época que está estudiando. En cualquiera extensión en que haya de llevar á cabo el estudio de la historia, ha de ser por el ejercicio de todo su poder de raciocinio, comparación, é imaginación.

La historia debe estudiarse también con un fin moral tanto como intelectual. El que no conoce su propio país, con más ó menos extensión, no puede sentir un ilustrado interés por su fama y sus privilegios, ni juzgar de aquellas discusiones de vital importancia que constantemente están en los labios de los habitantes de todo pueblo libre, ni entender su común literatura. Además de contribuir la historia, de una manera indirecta, á elevar el tono y el carácter de los que la leen, reclama, con razón, el derecho de ser considerada como un gran maestro de moralidad. Ella pone de manifiesto el castigo del crimen, aunque sea después de algún tiempo de

éxito, y aun en este caso señala las miserias que lleva consigo. Ella saca lecciones de personal aprovechamiento, de los caracteres, buenos ó malos, que aparecen en su escena; del entusiasmo del patriota, de la fortaleza del martir, de la integridad del hombre honrado, de la caridad del piadoso; así como de la astucia y falsedad del intrigante, de la corrupción del malvado, y de la carencia de escrúpulos del egoísta. El lector sentirá realizado su propio carácter, por su simpatía con los buenos, y su repulsión hacia los malos; de manera que esta materia viene á ocupar un importante puesto entre los instrumentos que forman el juicio moral de la juventud.

175. Extensión y orden del estudio.—La única cuestión de importancia que nos queda por tocar respecto á la historia, es la concerniente á la extensión y el orden de su estudio en las escuelas.

Aunque fuera posible, no sería juicioso comenzar por el principio del mundo y seguir gradualmente la corriente del tiempo hasta nuestros días. Debemos empezar este estudio, como el de la geografía, como quien dice, *por nuestra propia casa*. Su objeto más inmediato, refiriéndonos á las escuelas, es dotar al alumno de algún conocimiento de la historia de su país, de manera que pueda simpatizar con sus tradiciones y sus glorias, apreciar sus leyes ó instituciones, y amar su suelo y á sus habitantes. Á esto debemos dedicar, en primer término, el tiempo de que podamos disponer en la escuela. En muy raros casos faltará el necesario para este objeto, que puede combinarse con las lecciones de español, toda vez que las narraciones históricas ofrecen tan buenos motivos como cualquiera otra para la investigación del sentido y para la estructura gramatical, y deben hacerse, algunas veces, especiales referencias á la materia en cuestión, á fin de que el aspecto histórico de

la lectura no sea absorbido enteramente por el lingüístico. Las clases adelantadas deben estudiar la historia asiduamente, por medio de un especial libro de texto, alternando con el de lectura ordinaria. Con los niños más pequeños no debe aspirarse sino á aquello que puedan adquirir por la introducción de algún pasaje histórico en su libro de lectura diaria, descriptivo de ciertos incidentes ó caracteres importantes.

Es conveniente, en todo caso, que los alumnos lleguen á poseer algunas nociones de los principales acontecimientos de la historia general, lo cual no es muy difícil si consideramos los caminos que se hallan abiertos al maestro para esta instrucción. Con respecto á la historia moderna, los recursos del maestro son, principalmente, dos: 1°. Dado por hecho que no es necesario ni posible, abarcar la historia de todos los países, sino sólo la de aquellos más importantes, debe tenerse en consideración que la del país propio es, en gran parte, la de sus relaciones con otros, y que, por lo tanto, ofrece muchas oportunidades de observar los acontecimientos más importantes de la historia de aquellos. 2°. En el estudio de la geografía de los países extranjeros hay ocasión de referirse á incidentes históricos conectados con los lugares á que se hallan asociados. De este modo, la historia general no estará descuidada en las escuelas, sin que sea necesario un especial estudio de ella, además de que cuenta con un poderoso auxiliar en la explicación oral de la enseñanza de las historias sagrada y civil, que en todas partes son reconocidas como importantes materias de instrucción. Todo dependerá de la habilidad é inteligencia del maestro.

FIN.